

exageracion, hizo, tanto en España como en Alemania, para conservar en toda su integridad el esplendor de la religion cristiana.

Sanguinario aparece, en efecto, para contrarestar las doctrinas de Lutero.

Pero no hay que olvidar que aquella libertad que entrañaban sus doctrinas tendian principalmente á vilipendiar á la religion, y habiéndose alzado en armas los secretarios del filósofo aleman, no era posible valerse de otros medios que los que proporciona la fuerza para conseguir el triunfo, y con él el prestigio, que no debia menguarse ni un átomo, de la religion del Crucificado.

---

## Capitulo CMIX.

---

Un ochavo de filosofía.

Hemos visto á Cortés en los primeros años de su vida, enfermizo y apocado; le hemos visto acometer las mas grandes empresas y salir triunfante de ellas.

Acariciado por la suerte unas veces, y perseguido otras, reemplazando en ocasiones el diplomático al guerrero, hemos contemplado la facilidad con que ha superado todos los obstáculos.

Sus sueños ambiciosos se habian realizado por completo.

Como sabemos, el rey le habia honrado con el título de marqués.

Habia hecho una buena boda, y por mediacion de los parientes de su esposa doña Juana habia sido nombrado virey de Méjico.



Le hemos dejado en el momento en que, rodeado de todos los atributos de un verdadero rey, acompañado de su esposa, se establecía en Nueva Granada.

Su gloria era inmensa.

Grande su prestigio.

Había dominado la situación, y recogía el fruto.

Cesa, pues, por ahora la epopeya para dar lugar al drama íntimo.

Se suspenden las batallas, las conjuraciones, todo lo político, todo lo general, la historia, y empieza la vida íntima, privada, del hombre á quien nuestros lectores suponen en el emporio de la felicidad.

¡Error grande!

Todos los hombres llevan en su alma, en su conciencia, el premio ó el castigo.

Cortés, impulsado por su ambición de gloria, había abandonado á sus ancianos padres.

Abandonó también á su esposa doña Catalina y á su hijo, dejándoles en el mayor desamparo.

Más tarde, al frente de una escuadra fué á quitar la libertad, la independencia, á un pueblo civilizado.

Se valió de su supremacía para hacer esclavos á los indios libres.

Abusó del candor de Marina é Ihali, y cuando fueron madres, no llenó con los hijos los deberes que tenían derecho á exigir de él.

Vivió para la gloria y para la opulencia.

Entre combates y luchas llegó á esa edad que es la mitad de la vida.

Llegó á la época del reposo, y el reposo es para

los hombres como Hernan Cortes la hora de la meditación y del remordimiento.

Los sucesos que proponemos referir, demostrarán una vez más que la providencia, en su alta justicia, en su gran sabiduría, en su invariable equidad, no puede permitir que los delitos queden impunes.

Nos convencerán una vez para siempre de que no solo en la eternidad, sino en esta vida espiamos las faltas que cometemos.

No faltarán algunos incrédulos, que no analizando las cosas más que bajo su prisma exterior, duden de la verdad que encierra este aserto.

Se figurarán, sin duda, que se hallan en el apogeo de la fortuna, cargados de honores y consideraciones, por más que los deban á la infamia, no sufren en esta vida el castigo que merecen.

Era preciso que conociesen su vida íntima.

Muchos de ellos tendrán que lamentar con frecuencia la infidelidad de su esposa, el desamor de sus hijos.

Otros verán con pena que para nada les sirven sus riquezas en el momento en que contemplan moribundo á su hijo querido.

Todos verán en estos pesares el dedo de la Providencia, y en las horas de insomnio durante el silencio de la noche, cuando el alma parece predisuelta á la meditación, no podrán menos de sentir el aguijón de su conciencia.

Los que aún no hayan entregado completamente su alma á Satanás, verán en los males que les ago-



bían un aviso del cielo, y procurarán aprovechar los años que les restan de vida para enmendar el error en que han vivido.

Los que, cegados por orgullo, supongan sus pesares como efectos de la casualidad, renunciarán al pensar así á la inagotable misericordia del Creador del mundo.

Vamos, pues, á buscar al hombre en su época de triunfo para sondear las heridas de su corazón.

Méjico estaba pacificado.

Los indios eran esclavos.

Los colonos españoles eran los amos.

Habían llevado allí sus costumbres, sus pasiones, su religión, sus supersticiones, sus vicios.

Todo el que de la nada llega á ser algo, es tirano, es opresor.

Los españoles trataban á los indios con la mayor crueldad.

No les guardaban siquiera ni las consideraciones que por compasión se tributa á los animales.

Vamos á dar á conocer á los personajes que en este episodio necesario, en esta verídica historia, van á desempeñar un papel importante.

Estos personajes son Hernan Cortés, su esposa doña Juana, y el joven secretario del caudillo, á quien conocemos con el nombre de Luciano.

Cortés estaba enamorado de su bella compañera; pero realmente, más que amor era sensualidad lo que sentía hácia ella.

Es verdad que el amor sólo tiene cabida en el co-

razón del hombre en los años juveniles, cuando es capaz de sentir los afectos generosos.

En la edad avanzada, cuando la triste experiencia de la vida comienza á ejercer su poderosa influencia, á la elevación de sentimientos sucede el egoísmo.

A este remplaza el cálculo, y el cálculo es incompatible, verdaderamente incompatible, con ese dulce sentimiento, emanación divina que tan amable nos hace la vida.

El hombre por intuición tiene el sentimiento de lo bello, y al contemplar una de las más poéticas creaciones de ese artista inspirado que se llama la naturaleza, no puede ménos de rendirlas culto.

Esta era la situación en que se hallaba Hernan Cortés respecto de su esposa doña Juana.

La peregrina belleza de esta le había impresionado vivamente.

Su alma era ajena á aquella emoción.

La materia imperaba exclusivamente, y naturales que se despertasen en el caudillo las pasiones amortiguadas por el hielo de los años.

Los sentimientos que llenaban el corazón de la hija del conde de Aguilar, formaban singular contraste con los de su esposo.

Doña Juana, al enlazarse con él, también se había equivocado.

De carácter poético, fantástico, soñador, la aureola de gloria que circundaba la frente del caudillo le había hecho creer que la felicidad sería completa por su unión.



No podía suponer ni por un momento que en aquel enlace, por parte del caudillo, entrase para nada el egoísmo.

No podía imaginar que su alma, grande, apasionada, tendría que luchar incesantemente con los efectos que el cálculo, la ambición, la edad, habían producido en el caudillo.

El palacio que ocupaban los esposos era verdaderamente suntuoso.

En sus espaciosas habitaciones se habían acumulado todas las creaciones de la vanidad y la riqueza.

Disfrutábase en aquel recinto de todas las comodidades apetecibles, y sin embargo, doña Juana empezaba á notar, aunque tarde, que no era feliz.

Despertaba de su sueño, y veía en torno suyo el vacío.

Cuando la mujer se halla en esta situación sufre lo que no es decible, y al buscar un objeto que la distraiga, suele hallar un nuevo torcedor á su tormento.

Con frecuencia se fijan sus ojos en otro sér.

El corazón le predispone á amarle.

Su estado le recuerda sus deberes.

Al contemplar el abismo que le separa del sér objeto de su entusiasmo, se establece una lucha sin tréguera en su alma.

Muchas veces en esta lucha triunfa el sentimiento que se ha despertado; y como es natural, el marido queda vencido, más que vencido despreciado, más que despreciado escarnecido.

¿Qué se hicieron de aquellas dulces ilusiones?

¿Qué de aquellos juramentos de fidelidad?

¿Qué de aquellas horas en que la imaginación presentaba la vida con nuevos horizontes á cual más halagadores?

Estas preguntas se hacía en otro tiempo la apasionada esposa, sin poder contestarlas.

Y es que empezaba á conocer la triste realidad de su situación.

Y es que tendía los ojos en torno suyo, y veía á Luciano, cuya mirada triste, cuya frente, á pesar de sus juveniles años, se plegaba continuamente, proyectando esas arrugas que revelan el sufrimiento.

Un dulce sentimiento despertaba el mancebo en el alma de la jóven.

En vano, para tranquilizar su conciencia, trataba esta de convencerse de que sólo era compasión lo que le inspiraba.

Una voz secreta le decía sin cesar que era otra clase de efecto, y cuanto más quería alejar de su pensamiento el recuerdo de Luciano, su imaginación se le presentaba bajo una fama más seductora.

Luciano tenía, en efecto, esa poesía que parece patrimonio exclusivo de los que en sus primeros años han carecido de las caricias de un padre.

La dulzura de su voz, la sonrisa constante que aparecía en sus lábios, como queriendo desmentir el sufrimiento que revelaban sus demás facciones; sus hermosos ojos, velados por largas pestañas; su cabello naturalmente rizado; la delicadeza de su cutis, que contrastaba singularmente con lo varonil de su



fisonomía, en medio de su dulzura, todas estas circunstancias hablaron al alma á la impresionable doña Juana, y al impresionarla la hicieron ver la diferencia que existía entre su esposo Hernan Cortés y su jóven secretario.

El caudillo, por su parte, sentía también hácia Luciano una atracción misteriosa.

¡No podía imaginarse que aquel jóven era el instrumento elegido por la Providencia para hacerle expiar su conducta pasada!




---

## Capítulo CXX.

---

Historia de Luciano.

Luciano tenía un dedo ménos, y esta circunstancia despertó curiosidad en la jóven esposa de Hernan Cortés.

Un día que se hallaban solos:

—Traviesillo debéis haber sido de niño,—le dijo.

—No lo creáis.

—Sed franco, y confesad que alguna diablura os ha privado del dedo que noto falta en una de vuestras manos.

El mancebo suspiró tristemente.

—¿No me contestáis?

—Sentiría molestaros, porque para satisfacer vuestra pregunta tendría necesidad de referiros mi historia.



No deseaba otra cosa doña Juana.

—Sentaos,—le dijo,—y comenzad, que ya os escucho.

Luciano que tambien lo deseaba se expresó en estos términos:

—No puedo deciros á punto fijo quiénes fueron mis padres. Sólo he podido saber que el autor de mis dias abandonó á mi madre, y que está, viéndose sin recursos, emprendió un viaje, tal vez á casa de unos parientes. El caso fué que en medio del camino la sorprendió una tempestad, yo caí enfermo, nos recogieron en una posada, y creyéndome muerto, me mandaron enterrar.

—¡Que horror! Pero no se llevaria á efecto semejante atrocidad!

—Se llevó, y tal vez á eso debo el verme á vuestro lado en este momento.

—¡Es inverosímil!

—Me explicaré. Creyéndome muerto, como os he dicho antes, me mandaron enterrar. Mi madre, que segun he sabido despues me idolatraba, colocó en mi dedo, que es el que me falta, una pequeña sortija que tenia. El sepulturero, impulsado por la codicia, quiso arretármela cuando me condujo al cementerio, y cortándome el dedo, me hizo lanzar un quejido doloroso.

—¡Qué infamia!

—Ya comprendéis que me encontraba atacado de un horrible accidente que me asemejaba á un cadáver.

El sepulturero, asustado, corrió á la capilla del cementerio y oró.

De pronto oyó una voz misteriosa que le decia.

»—Recoge á ese niño; es el único modo de que puedas salvar tu alma; recógele, y no dudes que algun dia hallarás el premio.

El sepulturero obedeció.

Un momento despues me conducia á su casa y me entregaba á su esposa, mujer angelical que reemplazó dignamente á la que me dió el sér.

A doña Juana le parecia un sueño todo aquello que oía.

Luciano continuó:

—Yo me crié entre aquella pobre gente, y cuando un dia les indiqué mi deseo de ser soldado, me dijo el sepulturero:

—Puedes hacer lo que gustes; pero nosotros nada podemos hacer nada en tu obsequio. Si encontrases á tus padres, seria otra cosa.

—Pues qué, ¿no os debo el sér?—pregunté.

Entonces me contó la historia de mi vida, añadiendo que la dama que llegó conmigo á la posada, abandonó el pueblo apenas me sacaron para enterrar-me.

—¿Y no habeis podido averiguar?...

—Cuantas pesquisas he hecho han sido inútiles.

Y al pronunciar estas palabras resbalaron algunas lágrimas por sus mejillas.

Doña Juana tambien prorumpió en llanto, y al notarlo Luciano:



—Perdonadme, señora,—dijo;—soy un insensato; os he hecho derramar lágrimas con la historia de mi vida. Jamás me consolaré de ello.

Espontáneamente, sin reflexionar la trascendencia que entrañaban aquellas palabras, añadió la esposa de Cortés:

—Me interesais demasiado para que no desee oír hasta el fin vuestro relato.

—Pues bien; notando cierta repugnancia por vivir en compañía de un sepulturero, y á decir verdad, porque me sentia con valor suficiente para luchar con el destino, decidí abandonar la casa de mis bienhechores.

Aun recuerdo las palabras que en medio de la mayor amargura pronunció el enterrador, contestando á las súplicas que me hacia su esposa para que permaneciese á su lado:

—Déjale, María; no hace más que lo que debe. ¿Acaso los hijos de los nobles pueden conformarse con la vida sedentaria de los pobres?

A mi lado, ¿qué puede prometerse? Heredar un día mi plaza, para comer el pan regado con el sudor de su rostro; verse despreciado por sus semejantes por el oficio que ejerce, ¡cómo si el enterrar á los muertos no fuera una de las acciones más meritorias á los ojos de Dios! Pero, en fin, los hombres han dispuesto así las cosas, y es preciso acatar sus leyes.

Y dirigiéndose á mí, despues de enjugar una lágrima con el revés de su mano:

—Nada, nada, hijo,—añadió;—no hagas caso á

estos pobres viejos; toma el partido que quieras, y con tal de que seas venturoso, no nos causará pena tu abandono, que, repito, encuentro muy natural.

Me impresionaron vivamente las palabras de mi honrado protector, y decidí desistir de mi empeño.

Una circunstancia, sin embargo, me hizo al día siguiente dar al traste con mis escrúpulos.

Mis bienhechores se esmeraban en vestirme con la mayor decencia, casi con lujo, y al verme unos muchachos con un traje que hacia poco habia estrenado:

»—No vá poco ufano Luciano,—exclamaron;—cualquiera diria que es hijo de un hidalgo, y es ni más ni ménos que el hijo del enterrador.

Estas palabras hirieron mi amor propio, y al día siguiente abandoné el pueblo.

No tuve valor para despedirme siquiera de los ancianos.

Caminando á la ventura llegué á un meson, y por caridad pedí un pedazo de pan.

Un caballero que habia allí se condolió de mí, me propuso entrar á su servicio en calidad de paje, acepté, y permanecí en su casa más de dos años.

Era solteron, no tenia parientes y me cobró un cariño paternal.

Un día supo que un incendio habia devorado la mayor parte de sus propiedades.

El pesar que le causó esta noticia le hizo caer en cama.



Antes de que llegase su última hora me llamó, y con cariñoso acento me dijo:

»—Sé que voy á morir, Luciano, Es mi voluntad que cuantos bienes queden á mi fallecimiento sean para tí. Con ellos te será fácil ir á la corte y comprar algun oficio de la corona. Si te fuera posible, yo te aconsejo que emprendas el viaje á las Indias. Allí se encuentra el ilustre Hernan Cortés, y si lograses formar parte de sus tropas, se te presentaria un porvenir brillante. Pero ve, ve pronto á avisar el notario.

Iba á salir, cuando haciendo el enfermo un supremo esfuerzo:

»—Mira, mejor es que avises á un sacerdote, porque noto que se acercan mis últimos momentos.

Así era, en efecto.

Cuando llegué con el sacerdote era ya tarde.

Mi bienhechor habia muerto.

Esta nueva desgracia me dejaba otra vez sin recursos.

Aunque el difunto no tenia parientes en primero, segundo ni tercer grado, como dejaba algunos bienes no tardaron en presentarse algunos que alegaban parentesco.

Yo no podia justificar que la voluntad de mi amo era que le heredase, y me contenté con una pequeña cantidad que como limosna me otorgaron.

Repugnaba á mi carácter admitirla, pero reflexioné que ella me serviria para emprender el viaje á la corte, acepté.

Al llegar se estaba preparando una expedicion para estas regiones.

Conté mi historia á uno de los capitanes, se compadeció y me trajo en su compañía.

En cuantas rebeliones ha habido contra vuestro esposo, yo siempre me puse de su parte, y al ver las diferentes pruebas de fidelidad que le he dado, me nombró su secretario.

Esta es mi historia, y os ruego otra vez me perdoneis la tristeza que os he causado con su relato.

Un momento despues se separaba de doña Juana.

Esta quedó altamente preocupada por lo que acababa de oír.

Era indudable que Luciano iba ganando terreno en el corazon de la esposa del ilustre conquistador de Méjico.